

UN CIRUJANO PAMPLONÉS OPERA EN EL CARNAVAL DE BAILLEUL

José María Corella

Bailleul es una ciudad francesa situada en el departamento del Norte, en la región Nord-Pas-de-Calais. Forma parte de la comunidad «Montes de Flandes», que agrupa a siete villas (Bailleul, Godewaersvelde, Merris, Neuf-Berquin, Nieppe, Sailly-sur-la-Lys y Steenwerck), siendo ella la más importante, y dista 26 Km. de Lille, 188 de Reims y 210 de París. Esta ciudad sorprende porque, habiendo sido totalmente destruida durante la primera guerra mundial, se reconstruyó posteriormente siguiendo las pautas de la arquitectura flamenca tradicional y ofrece hoy un conjunto urbano hermosísimo, como lo testimonian numerosos edificios entre los que sobresalen el Ayuntamiento, la Biblioteca Municipal, el Hospital y la «Ferme de la Hulotte» («Granja del Autillo»). No es muy grande, en la actualidad cuenta con sólo unos 15.000 habitantes y asombra la muy rica vida asociativa de carácter civil con que cuenta (nada menos que 110 asociaciones culturales y deportivas), resaltando entre ellas con legítimo orgullo el «Centro Regional de Fitosociología» que, por cierto, a nivel europeo está reconocido como una de las más cuajadas estructuras culturales existentes en el viejo continente.

Siendo todo eso importante, lo que aquí quiero trasladar al lector es la rareza de que a nivel internacional su mejor reputación le venga dada por la exquisita elaboración de encajes (tiene una acreditadísima y renombrada «Escuela del Encaje» «École Dentellière» donde se forman al más alto nivel quienes se dedican a



Gigantes recorriendo las calles de Bailleul durante el carnaval

cultivar los bolillos, la aguja de coser o la de gancho) y por la celebración de un carnaval que, dentro de una región tan dada a mascaradas y desfiles de gigantes, nada tiene que envidiar al más próximo y más publicitado carnaval de Dunquerque. En el carnaval de Bailleul es donde precisamente puede verse al cirujano pamplonés al que alude el título de este artículo. Se llama Francisco Piccolissimo y en el último día de la fiesta exhibe públicamente sus portentosas habilidades en el manejo de un aparatoso y disparatado material quirúrgico operando a algunos vecinos en medio de la plaza mayor, o Gran Plaza. Pero, antes de entrar de lleno a dar cuenta de él, creo conveniente aclarar un par de cosas.

Primera: como este insólito cirujano es un extranjero que viene a la ciudad sólo un día al año, los franceses le hacen ser oriundo de Pamplona echando mano de la popular expresión «À Pampelune, derrière la lune» («En Pamplona, detrás de la luna») (1), utilizada desde muy antiguo para referirse a un lugar lejano e imaginario, un lugar olvidado y difícil de encontrar. Esto no tuvo más razón de ser que rimar Luna (lune) con algo no bien conocido y situado lejísimos, encontrándose que el nombre de Pamplona (Pampelune) iba como anillo al dedo. Es, pues, una frase que los franceses usan con la misma intención con que nos referimos en España a un lugar desconocido empleando frases al estilo de «donde Cristo dio las tres voces» (o «donde Cristo perdió las sandalias», como dicen en Valencia, «perdió el gorro», «perdió la chancla» o «per-

dió el mechero», como se cita por otras regiones), exclamando en Argentina «donde el diablo perdió el poncho», en México «donde se perdió Tarzán» (o «donde Judas perdió las botas» o «perdió el calcetín») y en Bolivia «donde el diablo perdió los cuernos» (o «donde puso la chucha»).

En la literatura y el folklore franceses la luna ha sido a lo largo del tiempo un recurrente recurso para hacer referencia a algo lejano, exótico y misterioso. Tiene auténtica raigambre en la lengua francesa (2) y la rima con el nombre de Pamplona se remonta a tiempos pretéritos. Buen ejemplo de ello es la canción infantil *Le jour et la nuit*, perteneciente al viejo «Cancionero de Bob y Bobette», que fechado a finales del siglo XVIII dice así:

*Un astronome de Pampelune
L'autre semaine a dit comme ça:
Quand l'soleil épousa la lune
Le ciel fut dans tous ses états
Mais le marié, grand coup de
Fourchette,
Pour faire honneur a son repas,
Ayant mange douze planets.
La treizième ne passa pas,
Pour qu'elle passât voyez vous:
Il but un tonneau d'vin d'Anjou.*

(Un astrónomo de Pamplona
Dijo esto la otra semana:
Cuando el sol se casó con la luna
El cielo se puso muy nervioso
Porque el marido, armado con
Gran cuchillo y tenedor,
Para hacer honor al banquete.
Se comió doce planetas.
El decimotercero se le resistió,
Para tragárselo ved lo que hizo:
Se bebió un tonel de vino de Anjou).

Segunda: el carnaval de Bailleul es una fiesta increíble. Tremendamente expresiva, alegre, desenfadada y única, llena de color, de música, de canciones, la «Sociedad Filantró-



Arriba: Centro de Bailleul con el ayuntamiento al fondo y entrada del Dr. Piccolissimo al mismo.

Abajo: el Gargantúa de Rabelais según G. Doré



pica de Bailleul» fue quien la puso en marcha en 1853 como recurso para recoger algo de dinero con el que atender a los más necesitados de la ciudad. Desde entonces, y durante cinco días, grupos locales, bandas de música e impresionantes cortejos, recorren las calles haciendo trayectos diferentes cada día. El festejo está permanentemente presidido por una figura gigantesca que representa a Gargantúa (3) y el quinto día (martes de carnestolendas, víspera del miércoles de ceniza) se celebra a la tarde el último desfile con más de 40 impresionantes carrozas (4), entre las que figura la del doctor Piccolissimo y sus ayudantes llegados precisamente esa misma mañana.

Bien, hechas las aclaraciones, ¿quién es ese Francisco Piccolissimo, médico cirujano, que por la mañana del quinto día es recibido con todos los honores en el Ayuntamiento? Cada año, una vez cumplido el pomposo protocolo, el doctor lanza un discurso festivo, ocu- rrente, chistoso, burlesco, en el que empieza confesando «*Je viens de Pampelune!*». Este personaje, posiblemente inspirado en la *comedia dell'arte* italiana e invariablemente encarnado a lo largo de los años por el presidente de la Sociedad Filantrópica, viste a la usanza del siglo XVII y parece un fiel trasunto del famoso doctor Dulcamara de Donizetti. En efecto, se trata de un charlatán capaz de engatusar al más pintado, que no vende vino de Burdeos como elixir de amor, pero que, tras una solemne y burlesca recepción en el Ayuntamiento, donde se provocan regocijantes réplicas y contrarréplicas entre el alcalde y él, denuncia ante la primera autoridad municipal el desastroso estado de salud en que se encuentra la población de Bailleul tras cuatro días de juegra permanente. *Mais, je suis ici!*, concluye el locuaz parlanchín, y se ofrece generosamente a los alegres ciudadanos para curarles «*de leurs excés, leurs ôter le surplus d'alcool ou de graisse, et les purifier de toute substance troublant leur équilibre physique ou mental*» (5).

Su oferta es aceptada y hacia las seis de la tarde llega a la Gran Plaza con el último desfile del carnaval. En el centro de ella se ha le-

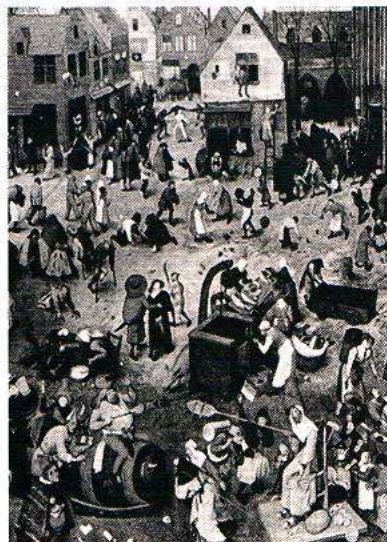
vantado un tablado, donde está instalada una camilla que remeda una mesa de quirófano. El doctor Francisco Piccolissimo accede al tablado en compañía de sus ayudantes, quienes llevan consigo un termómetro gigantesco, una enorme tijera, un descomunal serrucho y unas tremendas tenazas, amén de un «paciente» que han recogido durante el trayecto a la plaza. Comienza la ceremonia. Va a procederse a hacer ante todos una milagrosa intervención quirúrgica que sanará al pretendido enfermo. Tras tumbarlo en la camilla, el doctor y los ayudantes se apelonan en torno a ella y el paciente queda totalmente oculto tras el muro que forman a su alrededor. Con una mímica excepcional y unos gestos tan divertidos como alborozados, salpicado todo ello de chispeantes comentarios explicativos por parte del doctor, llega la esperada sorpresa que todo el mundo que abarrotaba la plaza estaba aguardando. Valiéndose de una picaresca y rutilante puesta en escena, el doctor Piccolissimo y sus ayudantes comienzan a lanzar sobre la gente tripas, hígados, riñones y demás casquería que previamente ha sido suministrada con inmenso regodeo por los charcuteros de la localidad.

No deja de ser divertido reparar en el espectáculo que proporciona la gente huyendo alegremente en dirección a un lado y otro, para evitar que le caigan encima tripas de cordero, riñones de conejo y trozos de hígado de vaca o de unos pulmones, que vaya usted a saber de qué animal pueden ser. El precipitado traslado del personal tiene, además, que sortear los montoncitos de vísceras que quedan por doquier en el suelo de la plaza, para evitar resbalones y caídas. El holgorio llega a su clímax ante semejante carnicería, y los ciudadanos repudian al doctor y sus ayudantes. Ha sonado para el farsante truhán y sus compinches la hora de «*Retour à Pampelune, retourner sur la lune!*». Francisco Piccolissimo es arrojado de la ciudad, toma las de Villadiego y entonces estalla una explosión de júbilo que se prolonga hasta la madrugada entre cánticos, bailes y músicas, por los restaurantes y bares de Bailleul. El día siguiente es miércoles de cen-



Arriba: catedral de Bailleul y la carroza portando a Gargantúa

Abajo: Carnaval en una pintura de P. Brueghel, el Viejo



za, comienza la Cuaresma y los cuerpos están ya agotados tras cinco días de fiesta y diversión.

No cabe duda de que el carnaval de Bailleul hace buena la frase del escritor belga George Rodenbach (1855-1898), cuando dijo aquello de «como mejor se disfruta de una fiesta es como se disfruta de la salud, o sea, por contraste».

NOTAS

(1) Sólo con referencia a un barco o un coche, se sustituye la preposición *derrière* por la voz *arrière*. Por ejemplo, a la pregunta *Où avez-vous garé votre voiture?* (¿Dónde has aparcado el coche?), si ha sido muy lejos de donde se está en ese momento, se contesta en plan de broma *À Pampelune, arrière la lune* (esto es, «En Pamplona, atrás de la luna»).

(2) Edmund Rostand dio clara muestra de ello al hacer que Cyrano de Bergerac, en la escena XII del acto 3º, narre al conde de Guiche un estrafalario viaje sideral («*Traigo acá, en mi pantorrilla, de la Osa Mayor clavado un diente*»..., «*en la Libra café, y por tal exceso en el espacio el fiel marca mi peso*»..., «*apretad mi nariz, si queréis que eche leche abundante de la Vía Láctea*»...) para terminar diciendo: «*De sobra sé lo que queréis; vos quisierais saber si en la corteza de la luna, esa inmensa calabaza, hay habitantes*».

(3) El padre de Pantagruel, protagonistas de las cinco novelas escritas por Rabelais en el siglo XVI, donde se describe con gran humor y todo tipo de excentricidades la vida de un gigante poseedor de un apetito voraz, entregado al goce epicúreo del buen vivir y mejor comer.

(4) Las hay espectaculares, como la del enorme dragón que echa humo por sus narices o la consistente en un tractor que porta un complicado artificio con el que maneja una gigante descomunal y articulada, llamada Violeta, de unos 12 ó 14 metros de altura.

(5) Curarles «de sus excesos, quitarles su formidable dosis de alcohol o de grasa, y purificarles de toda sustancia que pueda turbar su equilibrio físico y mental».